

www.elboomeran.com

Giuseppe Scaraffia
LOS GRANDES PLACERES

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO DE JULIO CARROBLES

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2015
TÍTULO ORIGINAL: *I piaceri dei grandi*

© Sellerio Editore, 2012
© de la traducción, Francisco de Julio Carrobes, 2015
© de esta edición, Editorial Periférica, 2015
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-15-1
DEPÓSITO LEGAL: CC-138-2015
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.
El que agradece que en la tierra haya música.
El que descubre con placer una etimología.
Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.
El ceramista que premedita un color y una forma.
El fotógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.
Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.
El que acaricia a un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
El que prefiere que los otros tengan razón.
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.*

JORGE LUIS BORGES, «Los justos»
(*La cifra*, 1981)

BICICLETA

«*Monsieur*, no he probado la bicicleta, pero reconozco toda su maravilla práctica. Tendrá una importante influencia sobre la especie. Como espectador, le reprocho el ritmo inepto y desgarrado que inflige a las piernas: el ser humano no se aproxima impunemente a un mecanismo», respondía a un lector de finales del XIX el poeta Mallarmé, uno de tantos intelectuales fascinados por las dos ruedas.

Pocos inventos estaban en condiciones de expresar plenamente el individualismo de la época, que adquiriría carta de naturaleza mediante aquella simple alianza con un instrumento que parecía limitarse a ser una prolongación voluntaria del cuerpo humano. Emancipando al individuo de los límites corrientes del tiempo y del espacio, lo remitía a los caprichos de su deseo. El patriótico Barrès decía: «Partir hacia lo desconocido, errar a distancias nunca alcanzadas por jinetes o peatones, basarse sólo en las propias fuerzas: he ahí lo que nos permite la bicicleta. Satisface en nosotros el antiguo instinto del vagabundeo».

«Soy un mediocre velocipedista, que apenas practica», se justificaba Émile Zola, convertido al nuevo medio en 1893. En realidad le gustaba merodear por el Bois de Boulogne o cerca de la casa de Médan con

Jeanne, su amante, y sus hijos. «¡Fijaos! ¿No es delicioso el bosque por el que vamos? ¡Y cómo os purifica, os tranquiliza y os alienta!» En el ciclista anida una modesta voluntad de potencia, la fantasía de sustituir las carrozas, los coches, los trenes y los caballos para contar sólo consigo mismo. Zola soñaba con regresar a París en bici, pero nunca consiguió hacerlo. Refugiado en Inglaterra debido al caso Dreyfus, lo primero que hizo fue comprarse una bicicleta con la que explorar la campiña de los alrededores de Londres.

Varias fotos lo retratan con indumentaria de ciclista, sentado en el sillín. El escritor estaba convencido de que la bicicleta era esencial para la emancipación femenina. No sólo por las excursiones en las que ambos sexos se mezclaban, sino también porque hacía posible sustituir la falda por los deportivos *culottes*. Una hipótesis que asustaba a Mallarmé, el cual, en su revista de moda femenina, aconsejaba a las lectoras deseosas de mostrar las piernas sobre el velocípedo, no abandonar la falda por los demasiado masculinos pantalones. Por algo la moderna Albertine de Proust era una ciclista.

«¡Los mejores años de mi vida los he pasado yendo en bici!», admitía el escéptico Renard. Era ya anciano cuando aprendió con entusiasmo a montar en una bicicleta inglesa, pese a las objeciones del secretario Certkov, que la encontraba poco adecuada para un profeta. En Cannes, el impetuoso Maupassant hasta tuvo un accidente con luxación en las costillas cuando regresaba en triciclo de una visita a una misteriosa baronesa.

Fiel a las dos ruedas, Jarry no se quitaba nunca los zapatos y los pantalones de montar en bicicleta. «¡Sirve para recorrer la habitación!», explicaba el forjador de *Ubú Rey* a los visitantes, sorprendidos de encontrar una bici —«mi esqueleto exterior»— apoyada contra la cama. Luego, para demostrarlo, se subía en ella y pedaleaba imperturbable. El temerario D'Annunzio, en París, llegó incluso a ser multado por violar las normas de tráfico.

Apollinaire celebraba en la trinchera, como homenaje a la «nueva religión de la velocidad» predicada por Marinetti, la rapidez fulgurante de las ruedas de la bici. En 1918 Hemingway llevaba en bicicleta productos de apoyo a las tropas en primera línea; prefería aquella «admirable máquina parecida a un ceratillo». «Pasaba en bicicleta con la brusca sensación de hacer una exploración deslumbrante.» Nunca como con aquel medio se transformaba el mundo en espectáculo, un fondo coloreado que desfilaba bajo la rápida mirada del ciclista, un nuevo tipo de *flâneur* capaz de dominar el paisaje gracias a la velocidad con que lo atravesaba.

En el verano de 1920 Huxley se compró una bicicleta. Hacía todos los días quince kilómetros y le gustaba pedalear por los jardines de Londres. «La bicicleta da a la mente ocasión de reflexionar, una actividad abolida en el universo del trabajo cotidiano. Sin la bici para liberarlos, ciertos pensamientos podrían pasar desapercibidos.» Según George Bernard Shaw, «el ciclismo eleva el espíritu». Wells decía: «Cada vez que veo a un adulto en bicicleta, pienso que todavía

hay esperanza para la raza humana». Para el sociólogo Ivan Illich, las relaciones sociales democráticas sólo pueden ir a la velocidad de la bici.

En 1931, en una carta desde una clínica, Zelda confesaba a Scott Fitzgerald «una ganas desesperadas de correr en bicicleta hasta el final de una larga carretera blanca». Recién llegado de Rumanía, el cínico Cioran se divirtió recorriendo Francia a lo largo y a lo ancho. «Entre la utopía y el nihilismo hay un territorio de felicidad relativa, de tardes en bicicleta.» Panzini usaba una austera Opel con un único freno. Para Saroyan las dos ruedas eran «el más noble invento del hombre». Henry Miller enseñó a su mujer June a montar en una bicicleta, que era su «mejor amiga».

Sobre el sillín, el introvertido Beckett se sentía «un moderno centauro». Para Malaparte, que pedaleaba sobre la larga terraza de su casa de Capri, la bicicleta en Italia forma parte del patrimonio artístico nacional, como la Gioconda. Antes de tomar impulso por las carreteras en cuesta del exilio suizo, Morand se había hecho fotografiar en chaqueta de *tweed* al volante, mejor dicho, al manubrio de un velotaxi, el ciclotaxi lanzado ante la falta de gasolina durante la ocupación alemana. Pero en bicicleta también se podían tener accidentes. Annemarie Schwarzenbach, en Engadina, quiso subirse a una vieja bici para ver si todavía sabía ir sin manos como en otro tiempo, pero se cayó, hiriéndose gravemente.

Tenía razón Einstein: «La vida es como una bicicleta, hay que avanzar para no perder el equilibrio».

SUCIO

«En cuanto acabe de escribir, tomaré mi primer baño, aunque no sin temor...», titubeaba Balzac, que en 1837, para no distraerse del trabajo, no se lavaba ni se afeitaba desde hacía un mes. El escritor no era lo que se dice un dechado de limpieza. Los gruesos anillos no lograban borrar la suciedad de sus dedos. La chabacana elegancia de sus chaquetas no hacía olvidar las copiosas manchas y los cabellos grasientos e hirsutos.

Giacomo Leopardi oponía una tenaz resistencia a quien intentaba obligarlo a bañarse. El poeta, que «nunca a lavarse se vio inclinado», detestaba cambiarse de muda, reprueba el amigo Ranieri. Por lo demás en el siglo anterior eran célebres los harapos y las manchas de Restif de la Bretonne, llamado *el Hurón*, que «llevaba el abandono hasta lo mugriento». En la misma época el obeso Samuel Johnson, con las manos sucias como la peluca gris, había confiado incautamente a Boswell: «Tampoco yo soy un apasionado de la muda limpia».

Se dice que Schopenhauer era también pesimista sobre la utilidad del jabón. Un crítico refinado como Sainte-Beuve se lavaba la cara sólo para las veladas de

gala. Pero el verdadero profeta en este campo fue Rimbaud, que viajaba sin cepillo de dientes o mudas de recambio. Sus cabellos toscos estaban llenos de piojos que, como diversión, arrojaba a aquellos que le eran antipáticos. Al relacionarse con él, el enamorado Verlaine dejó de cambiarse de traje y de limpiarse las botas embarradas. Cuando Rimbaud se fue de la casa de Verlaine dejó tras de sí mucha nostalgia y un enjambre de pulgas. Lo que no le impedía mostrarse quisquilloso sobre el rol de Verlaine: «¡Que se satisfaga conmigo, perfecto! ¿Pero que me satisfaga yo con él? ¡No, no, está realmente demasiado sucio y tiene una piel repulsiva!».

Parece que Méry Laurent, la exuberante mantenida amada por Mallarmé, prescindió de su cortejo después de ver el color de las sábanas entre las que el poeta dormía. Ningún estupor, en cambio, ante el excéntrico Alfred Jarry, sucio, mísero y con los dedos de los pies asomando por sus zapatillas reventadas.

«Parezco un bruto», comentaba satisfecho el sumamente católico Bloy, andrajoso, con los zapatos hechos jirones y una vieja chistera descolorida calada en la cabeza. Y, no obstante, a excepción de Leopardi y Mallarmé, ninguno de ellos renunció a una activa vida amorosa. Aunque a veces era necesario tomar precauciones. Marie, la amante de Léautaud, extendía una sábana sobre la sucia cama del escritor. Cuando ésta ya no fue suficiente, la extendió sobre el suelo. «De su indumentaria», recuerda, «brotaba un olor nauseabundo... acre, rancio, a sudor y a ropa interior mal lavada.»

Pero a veces la porquería se convierte en un atractivo más. Arthur Munby, abogado y escritor victoriano, se sentía maniáticamente atraído por las criadas que se ocupaban de los trabajos más sucios. Una perversión que lo empujaba a los brazos de Hannah, una sirvienta musculosa siempre dispuesta a desempeñar los trabajos más hediondos, que iban desde el estiércol de las caballerizas hasta el hollín de las chimeneas. Un matrimonio secreto y una impresionante correspondencia coronaron su relación.

Céline parecía un *clochard*. Usaba cordeles como cinturón. Vestía trajes deformados y harapientos bajo un impermeable amarillo manchado de aceite, guardado con una bufanda de color incierto.

El inconformismo de Ramperti le comprometía a evitar el jabón. Una abstención que le hizo merecedor de un epitafio de Montanelli: «Aquí reposa Marco Ramperti. Todo se ha perdido salvo el olor».

Giancarlo Fusco llevaba «sandalias desvencijadas, pantalones con un alambre por cinturón, una cuerdecita más abajo (allí donde era necesario un cierre), barba larga y un bosque de rizos» la primera vez que entró en la redacción de *L'Europeo*, según recuerda Camilla Cederna. Genet dormía vestido, limitándose a esporádicas incursiones en la bañera. La única vez que se desnudó fue para improvisar un ballet en *negligé* roja bajo la mirada consternada de los Panteiras Negras. Cuando la camisa estaba demasiado sucia, Gregory Corso se limitaba a quitársela tirándola al suelo. Una amante definió amablemente como de «color mierda» el alojamiento caótico de Bukowski,

un «auténtico desastrado», capaz de presentarse con mocos en la nariz, en calzoncillos y camiseta de tirantes, el pelo sucio pegado al cráneo y los pantalones deformados completamente mugrientos.

Puede que tuviese razón Maugham cuando decía que la ducha diferencia a los hombres con mucha más eficacia que el nacimiento, la riqueza o la educación.